

ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús, Tú dijiste a los tuyos: “Recibid el Espíritu Santo”. Tu mayor anhelo es darnoslo; entregaste tu vida en la cruz para entregarnos tu Espíritu: abre nuestros corazones para recibirlo como aliento y gozo en el corazón, y fortaleza para la vida; y así podamos transformar este mundo en un mundo según tu corazón.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. AMEN.

TEXTO

LUCAS 18,31-43

«³¹Pero, tomando consigo a **los Doce**, les dijo:

“He aquí que **subimos** a Jerusalén y **será cumplido** en **el Hijo del hombre** todo lo que ha sido escrito por medio de los profetas. ³²Porque **será entregado** a los paganos y **será objeto de burlas** y **será ultrajado** y **será escupido** ³³y, después de **haberlo flagelado, lo matarán** y **al tercer día resucitará**”.

³⁴Y ellos **no comprendieron** nada de todo esto y estas palabras les quedaban ocultas; y **no entendían** lo que les había dicho.

³⁵Pero sucedió que, al acercarse **él** a Jericó, **un ciego estaba sentado** al borde del camino, pidiendo limosna.

³⁶Pero, al oír pasar **muchedumbre**, preguntó qué era aquello.

³⁷Pero le informaron de que pasaba **Jesús, el Nazoreo**.

³⁸Y **gritó** diciendo: “**Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí**”.

³⁹Y los que iban por delante le abroncaban para que **callase**.

Pero él **gritaba** mucho más: “**Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí**”.

⁴⁰Pero, deteniéndose, **Jesús** mandó que se lo trajeran.

Pero, una vez acercado, le preguntó: ⁴¹“¿Qué quieres que te haga?”.

Pero él dijo: “**Señor**, que recobre la vista”.

⁴²Y **Jesús** le dijo: “Recobra la vista; **tu fe te ha salvado**”.

⁴³Y al instante recobró la vista, y **le seguía glorificando a Dios**.

Y **todo el pueblo**, al verlo, alababa a Dios».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (18,31-34)

- V. 31: Desde que está en camino Jesús aparece rodeado no solo de discípulos (16,1; 17,1.5.22) y de hombres y mujeres (8,1-3), sino también de fariseos (13,31; 14,1; 15,2; 16,14; 17,20; quizá 18,9), simpatizantes en masa (14,25) o individuales (13,23; 18,18), e incluso de publicanos y pecadores (15,1), de leprosos (17,12) y de niños (17,5). En estos capítulos del viaje Lucas no siempre parece preocupado por identificar a los oyentes de Jesús, ni tampoco por reservar solo para algunos el alcance de las palabras del Maestro. Aquí sin embargo se toma la molestia de *aislar a Jesús y a los Doce*. Lucas reserva los anuncios de la pasión al estrecho círculo de los discípulos. Esta actitud de Jesús tiene una base doctrinal, confirmada por los discursos de los Hechos: solo los cristianos tienen el derecho de conocer el sentido de la muerte del Maestro. El discurso de Mileto -el único sermón de los Hechos destinado a cristianos, los ancianos de Éfeso reunidos por Pablo en esa ciudad- menciona el valor expiatorio de la cruz que los discursos misioneros silencian elocuentemente. Reuniendo junto a sí a los Doce, Jesús excluye al resto de los oyentes. La subida a Jerusalén -que los lectores de Lucas sienten en su espíritu

y los discípulos acusan en sus piernas- tiene un fin, un objetivo, que será también un cumplimiento. Por el uso de este verbo «finalizar», «acabar», Lucas confiere sentido a lo que parece no tenerlo. Aunque no utilice aquí el tradicional «es preciso» explicita sin embargo esta necesidad teológica que pesa sobre los eventos.

El recurso a las Escrituras para explicar la venida de Jesús, su ministerio y sobre todo su pasión, es una preocupación constante de Lucas. Es uno de los que insisten más vigorosamente en las raíces bíblicas de lo que acontece a Jesús. Cuanto menos sentido tiene la historia y menos lógica los sucesos, más necesario es prestarles una coherencia y una razón haciéndolos parte del pensamiento de un Dios misterioso. Es fácil imaginar que cuando Lucas escribe «por medio de los profetas» piensa en toda la Escritura.

- V. 32: Lucas no cesa de anunciar la pasión, cuya sombra planea sobre la vida de Jesús desde su nacimiento. María tuvo conciencia de ello desde el oráculo de Simeón (2,35), y Jesús mismo desde el comienzo de su ministerio (4,28-29). En los anuncios de la pasión el evangelista unas veces menciona a las autoridades de Jerusalén, otras a los jefes paganos, o se contenta con señalar la función de los «seres humanos» o la de «esta generación». En este pasaje omite la etapa judía del proceso, no para tratar con indulgencia a los jueces de Israel, sino para ir derecho al asunto, para mencionar los sufrimientos del Hijo del hombre, que acapara toda la atención. A Lucas interesa el encarnizamiento físico contra Jesús.

En primer lugar, van a entregarlo a los paganos, es decir, abandonarlo en manos de los que no tienen razón ninguna para ahorrarle sufrimientos. Luego se convertirá en juguete de fuerzas crueles. Se reirán de él, lo ridiculizarán, será objeto de burlas. En seguida tratarán a Jesús «con insolencia», le insultarán, le «ultrajarán». Más tarde lo «escupirán».

- V. 33: Luego lo flagelarán. El verbo «fustigar», «flagelar» tenía en griego empleos múltiples: para intimidar y hacer flaquear a un detenido; como pena menor antes de la liberación; o como preparación para una ejecución capital. Aquí la vecindad con el verbo «matar» sugiere un vínculo con la pena capital. He aquí -dice Lucas a sus lectores- lo que le espera a ese «buen rabino» de Galilea, al sabio maestro del viaje a Judea: un sin sentido a los ojos de los hombres. Pero este sin sentido se expresa con unos verbos que en la Biblia griega, y según la piedad de los Salmos, describen *la suerte sufrida por los que veneran a Dios y aman al prójimo* en este mundo cruel e injusto. En el momento en que Lucas hace a Jesús expresar estas ideas, este se sitúa entre la Escritura, impaciente por realizarse, y la historia de la salvación, preñada ya de una inminente realización.

«Al tercer día» tendrá lugar la resurrección. Ni una palabra explicativa. Solo una afirmación. Explícita, pero enigmática. El «tercer día» de la Escritura es una precisión temporal más teológica que cronológica, que se encuentra igualmente en la fórmula citada por Pablo en 1Co 15,3-5. El verbo significa «elevar», «levantar», «resucitar».

- V. 34: Es tan fuerte el contraste entre Jesús, vivo y dador, y el Hijo del hombre, torturado y desposeído que -según Lucas- incluso la referencia del Maestro a las Escrituras no sirve para ayudar a sus discípulos a comprender. Será necesaria la resurrección misma, y no solamente su predicción, para que los discípulos capten, para que se les abran los ojos y se abran también las Escrituras. Por el momento, solo incompreensión. «Nada de todo eso» (es decir, de lo que les había dicho) es una expresión fuerte, evidentemente. Los Doce no comprenden nada (como María y José no comprendieron una frase enigmática de Jesús a los doce años, Lc 2,50). Y como si no bastara, Lucas continúa: «y no entendían nada de lo que les había dicho». Así pues, hay ciertos momentos en los que Lucas comparte la severidad de Marcos respecto a los Doce.

Como descubrirán los lectores, la resurrección del Hijo del hombre y su presencia espiritual junto a los suyos el día de Pascua remediarán esta carencia dramática. Los ojos de la «inteligencia» y los del «corazón» se abrirán. Los discípulos comprenderán lo que no habían podido entender cuando Jesús estaba vivo aún. Por medio de este contraste entre un antes, que está marcado por la incompreensión, y un después, señalado este por la comprensión, Lucas desarrolla de manera narrativa una teología bíblica de la salvación divina anunciada, realizada y proclamada.

SEGUNDA UNIDAD (18,35-43)

- He aquí la historia de una voluntad decidida que al principio interpela con fe al que pasa cerca de él, y al final da gloria a Dios con la misma confianza. Y he aquí también la historia de una transformación, la de un ciego, mendigo miserable sentado al borde del camino, que recobra milagrosamente la vista. Lucas, al describir este cambio benéfico al que conduce una fe perseverante, presenta también a sus lectores a ese Dios y a ese Cristo objetos de tal fe. En estos pocos versículos Jesús se muestra tan activo como el ciego.
- V. 35: Lucas sugiere que Jesús continúa su viaje a Jerusalén. Ya en el camino prevé la etapa de Jericó, que representará un oasis de calma antes de la tempestad. La proximidad de una ciudad de connotaciones positivas permite la puesta en escena de un último relato de milagro. El evangelista ha evocado ya la realización de la profecía de Isaías, citada en el discurso inaugural pronunciado en Nazaret (4,18-19). Ha mencionado también la proclamación de la buena nueva a los pobres, ha contado casos de curación, de purificación e incluso de resurrección y, en un sumario del capítulo 7, ha mencionado igualmente recuperaciones milagrosas de la vista (7,21). En este pasaje, Lucas ilustra el cumplimiento de las palabras proféticas «e (hizo) recuperar la vista a los ciegos» (Is 61,1 LXX, citado en 4,18).
- Vv. 36-37: ¿Qué hay más normal que un ciego se informe y que sus interlocutores le respondan? Por el contrario, el término Nazoreo resulta extraño. Difícilmente puede significar «de Nazaret». Muy pronto este término enigmático fue relacionado con la institución hebrea del nazireato. Pero, aunque la santidad pueda ser rasgo característico de Jesús, su alegría de vivir no se corresponde con la ascesis esperada de un nazireo. Además, el texto no lee Nazireo sino Nazoreo, una forma lucana que aparece a menudo en los Hechos.
- Vv. 38-39: Aunque privado de la vista, nuestro hombre no está despojado de la voz y sabe comunicarse: hacía poco se había informado (v. 36); ahora grita. No hay fe sin grito. La llamada de socorro, «ten misericordia de mí», se convertirá en una de las oraciones cristianas más populares. En nuestro pasaje tales palabras no van destinadas a Dios, sino a Jesús, llamado «Hijo de David». Este título nos lleva evidentemente a Israel. Evoca el mesianismo judío, la famosa promesa hecha a David, según 2Sam 7. Que el ciego confiara a ese título una connotación real plantea sin embargo un problema. Israel esperaba ciertamente la paz de su futuro soberano, pero no imaginaba que iba a realizar milagros. Sin embargo, si el ciego interpela a Jesús como mesías, es porque ha formulado un razonamiento personal: si el Hijo de David va a restablecer a Israel, puede también devolverme la vista. Hay, no obstante, otra explicación. El hijo de David era Salomón. Ahora bien, este personaje había sido dotado de múltiples talentos. A lo largo de los siglos la tradición hebrea había ampliado su sabiduría hasta el dominio de la ciencia, la medicina e incluso la magia. Es posible, pues, que el ciego hubiera apelado más al Jesús médico o sanador que al Jesús mesías. Al llamarlo «Hijo de David» relacionaba a Jesús con Salomón y daba por supuesta una curación maravillosa.
- Vv. 40-42: La religión cristiana une siempre dos preguntas: «¿qué debemos hacer?» (cf. 3,10-14; Hch 2,37) y «¿qué quieres que te haga?» (v. 41); la ética y la soteriológica. A los ojos de Lucas, al plantear esta última cuestión, Jesús tiene ya la respuesta en su espíritu. Entre las dos preguntas mencionadas hay lugar para la petición, en la que el grito se concreta en palabras: «Señor, que recobre la vista». Para Lucas el «Hijo de David» es el «Señor», al que la comunidad cristiana invoca para su salvación. Nuestro hombre pide la salvación en forma de curación.
El ciego recupera lo que el Creador ha otorgado a sus criaturas desde los orígenes; la salvación es necesariamente un restablecimiento, la realización de un plan divino que, más allá de la caída, se une por una redención escatológica a la intención benéfica de Dios. Pero no hay salvación para una humanidad que la rechaza. La fórmula «tu fe te ha salvado», que Lucas cita repetidas veces, relaciona la salvación con la fe, el poder divino con la concordia y la súplica de los humanos.
- V. 43: «Al momento»: lo que ocurre tan deprisa no puede ser más que de origen divino. El ciego recobra la vista (tercer empleo del verbo en unas pocas líneas) y se dispone a seguir a Jesús (el imperfecto puede designar tanto la decisión del que se pone en camino como la duración del propósito). Esta marcha va acompañada de una acción de gracias. Siguiendo las leyes del género literario, el milagro provoca en los espectadores una reacción

de admiración. Estos dan a su reacción una forma religiosa: la alabanza a Dios. Y otro “milagro”: la muchedumbre se transforma: se convierte en «pueblo» de Dios.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Petitionen, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?